

inquilino en la casa... sí, es él, es el señor Jorge Gérard, no puedo dudarlo... Pero para conocer á mis pobres, me ha espiado pues... me ha seguido... ¡Ah! Está mal hecho, muy mal hecho... no esperaba esto por su parte.

10 abril.

Veo á mi padre de tarde en tarde. Duerme toda la mañana; frecuentemente á las dos de la tarde aún no se ha levantado... ¿Por qué se acuesta tan tarde si se aburre en el casino?... Apenas se ha vestido, hace enganchar, sale y no vuelve hasta un cuarto de hora antes de comer. En la mesa trata de hablar, de animar la conversación, pero su espíritu no está con nosotros, parece preocupado, inquieto. ¿Qué tiene? ¡Oh! ¡Daría todo lo del mundo por saberlo! A las ocho y media se anuncia el conde de Mézin. Ha tomado la costumbre, desde hace un mes, de venirnos á ver todos los días. Otras veces, después de haberme saludado y de haberse informado de mi salud, se retiraba á la habitación de mi padre y salía con él. Ahora se queda al menos una hora en el salón. Habla, cuenta noticias, y está sobre todo muy amable conmigo y trata de estarlo con mi padre para retenerlo lo más posible, es decir, para retener á su... amigo. Pero esto es difícil. Hacia las nueve y media, mi padre se levanta de su sillón y dice al señor Mézin:

Olvidáis, querido amigo, que se nos espera, ¿verdad?

El señor Mézin que no puede quedarse solo conmigo, se vé obligado á seguir á mi padre. Enseguida me acuesto y ya no oigo hablar del autor de mis días hasta el siguiente, á las dos.

VIII

14 abril.

.....
La señora Gérard me lo ha hecho olvidar todo; de su parte acaban de traerme un precioso ramo de flores. Este recuerdo me ha gustado mucho, pero aún guardo rencor á su hijo. Sin embargo; ¿qué hubiera sido de mis pobres sin él? Pero no se tiene el derecho de seguir á las gentes, de espiar su conducta. Me pongo en el pelo una rosa del ramo de flores; mi vecina me verá quizás en mi ventana, y será un modo de agradecerlo. ¡Si volviera á su casa! No; esta vez me encontraría sin duda con el señor Gérard, y le haría mal papel. Cuando mi cólera haya pasado nos veremos; mañana quizás.
.....

16 abril.

Pero él no es culpable. No tengo absolutamente nada que reprocharle. He sido injusta en mi modo de juzgar. La cosa no puede ser más sencilla y no puedo explicarme cómo he sido tan tonta para acusar á ese pobre joven de haberme seguido y de haberme espiado. He aquí lo que pasó:

Las dos familias á quienes trato de proteger, en secreto, fueron notadas y señaladas hace algunos días, por la señora Gérard, como dignas de interés. Se hallaba algo indispuesta y no pudiendo salir, encargó al señor Gérard que les llevase los socorros en su nombre. Los desgraciados á quienes su madre socorre han preguntado el nombre de su bienhechora; él no ha querido decirlo por modestia, pero ha dejado comprender que vivía en la calle Léonie. Como esas buenas gentes saben ya que yo

vivo en esta calle, han sospechado naturalmente que el señor Gérard era enviado mío, y no les ha ocurrido la idea de que tenían dos protectoras en vez de una. De modo que él no ha cometido ninguna indiscreción para conmigo; probablemente pensaba muy poco en mí. ¡El! ¡Mezclarse en asuntos de otros! ¡El! ¡Seguir, espiar á las gentes, qué locura! ¡Es demasiado tímido para eso! ¡Sí, tímido! Esto parece extraordinario teniendo en cuenta lo que he visto desde mi ventana. Pero entonces él obedecía á un sentimiento de compasión y de justicia. No había podido resistir á su indignación; por un instante había salido de su carácter. Además, noté muy bien que después de la escena con el carretero arrojó á su alrededor miradas casi de espanto. Se hubiera dicho que se avergonzaba de haber dado de aquel modo un espectáculo y que temía haber sido reconocido por las personas que le miraban. Al fin, el otro día me decidí á volver á casa de la señora Gérard. ¿Podía tardar más tiempo en darle las gracias por el ramo, y no le había anunciado ya mi visita? Miss Dowson me acompañaba. La criada, que nos introdujo en un principio, no quería recibirnos; parecía que le estaba prohibido dejar penetrar á extraños en el retiro de sus señores. Pero se acordó haberme visto, recordó que habitaba en la misma casa y mostróse enseguida muy complaciente.

—Haced el obsequio de pasar al salón, — dijo, — voy á prevenir á la señora.

Entramos y me encontré de pronto en presencia del señor Gérard, á quien la criada creía sin duda en otra habitación. Al vernos, se levantó bruscamente de un *canapé* donde estaba tendido y balbuceó algunas excusas. Estaba evidentemente confuso y disgustado de que le hubiéramos sorprendido de esa manera. Se repuso, sin embargo; nos rogó que tomáramos asiento y se disponía á ir á buscar á su madre, cuando ésta entró. Durante la conversación que los cuatro tuvimos y que duró cerca de una hora, pude hacer algunas observaciones sobre el señor Gérard. Me interesa un poco, no lo niego: me

asombra esa misteriosa existencia, desocupada, á los treinta años, porque no puede tener muchos más; esa vida sedentaria que no parece estar en armonía con la extraordinaria fuerza que desarrolló el otro día ante mi vista y que no se encuentra ordinariamente, me decía mi padre, que no se halla más que en personas que viven al aire libre y que están entregadas á trabajos corporales. Si él apenas sale, como se asegura, si su existencia la pasa en ese saloncito donde le he sorprendido, y en el jardín, donde le veo desde mis ventanas, ¿cómo puede tener ese rostro tan moreno, que raramente se nota en París? ¿Habrá vivido, pues, mucho tiempo en el Mediodía de Francia ó en América? Además, hay en toda su persona algo de triste y doloroso. Habla poco, con voz muy dulce y por decirlo así, quejumbrosa, como se habla en el convento en las clases, por temor á la reprimenda. Si la conversación le interesa, se anima, su voz se acentúa de pronto, sus ojos, que ha tenido bajos, se levantan, su mirada es franca, leal; no es el mismo hombre. Marcha despacio y algo encorvado, con la cabeza baja, á lo mejor, se endereza súbitamente; se diría que quiere corregirse de una mala costumbre. Cuando consiente en hablar se expresa en términos brillantes, dice cosas muy justas, á menudo elevadas. Su conversación no se parece en nada á la del señor Mézin; todo lo que éste tiene de ligero y casi tonto, tiene de serio y formal el señor Jorge Gérard. Uno habla por decir algo, no importa el qué; el otro para expresar su pensamiento. Al primero se le oye, al segundo se le escucha. Para mí es evidente que el hijo de mi vecina ha debido vivir mucho tiempo en la soledad, no teniendo otra distracción que la de reflexionar serias cuestiones, debatirlas en su espíritu y quizás resolverlas. He dicho que debe haber sufrido mucho, y no se creería al ver lo indulgente y bueno que se muestra... Hemos hablado, naturalmente, de los pobres y de los infortunados que hay que consolar. ¡Pues bien! No le he oído decir ni una sola de esas frases banales con que el señor Mézin jamás me ha hecho gracia: *No hay pobres si ellos*

quieren; todo el mundo puede trabajar; hacer limosna es acostumbrarlos á la pereza y elevarla al estado de industria y profesión. El señor Gerard reconoce, por el contrario, que muchos desgraciados han luchado, han trabajado con energía y que no han acudido á la caridad pública, más que cuando las fuerzas les han abandonado.

Todo el mundo no puede trabajar, me ha dicho. Entre los desheredados del trabajo es preciso contar los enfermos, los quebrados, y los que han cometido una falta, pagada con su correspondiente pena y á quienes luego la sociedad rechaza. A todos esos desgraciados se debe tratar de ayudarlos, si sus causas no son vicios y si la falta que han cometido no merece eterna reprobación.

¡Ah! ¡He ahí pensamientos generosos! Tengo un placer muy grande en oír al señor Gérard expresarse de este modo. ¡Mientras él habla parece tan feliz! Verdad es que me siento seriamente atraída hacia mi vecina; me aproximo poco á poco á ella y gozo en sus alegrías. Quizás esa simpatía, esa especie de atracción, proviene de que la señora Gérard me recuerda á mi madre. Sí, es la misma mirada, la misma sonrisa, el mismo sonido de voz, de una extraordinaria dulzura.

Ha hecho mi conquista y ya no temo ser indiscreta; volveré frecuentemente á verla. ¿Pero tengo derecho á turbar la soledad, en la cual mis vecinos parecen complacerse?

IX

23 abril.

Muchas cosas que me habían asombrado en casa del señor Gérard, se explican muy sencillamente; debe haber sido Oficial de marina. A la señora Gé-

rard se le ha escapado decir delante de mí que había estado largo tiempo separada de su hijo; esto es natural; porque él viajaba. Además, ese tinte bronceado, esa fuerza física, que acreditan la existencia del aire del mar; esa marcha, algo lenta y pesada del marino que se pasea por espacios limitados; esa costumbre de bajar la cabeza y encorvar la espalda, tomada en el entrepuente de los buques, y sobre todo, en fin, ese carácter reflexivo, esa constante melancolía, esa elevación de pensamientos, evidentemente propios del hombre que vive en un aislamiento relativo, lejos de todos los placeres mundanos, expuesto sin cesar á grandes peligros y no teniendo ante sí más que la inmensidad del mar y del cielo.

3 mayo.

Hoy, al medio día, han llamado en la puerta de mi habitación, y yo ye dicho:

—Entrad.

Era mi padre que no me había visto desde la víspera. No ha querido sentarse en el sillón que le he adelantado, permaneciendo de pie apoyado contra la chimenea, y después de haberse informado de mi salud, me ha dicho bruscamente, como si quisiera acabar pronto:

—Vengo á consecuencia de un gran acontecimiento; el señor Mézin acaba de pedirme tu mano, ¿qué te parece?

Petrificada por este brusco ataque y esta nueva inesperada, no he contestado, y mi padre, aprovechando mi silencio, ha continuado:

—Mézin es un excelente muchacho, muy considerado en el mundo; tiene un buen nombre y bonita fortuna. Parece que te ama hace mucho tiempo. Yo debiera haberme apercibido antes, porque su amistad para conmigo ha redoblado desde tu salida del convento. Pero Mézin no tiene más que cinco ó seis años menos que yo, y acostumbrado á considerarle como un amigo, jamás se me ha ocurrido que pudiera ser

mi yerno. Apesar de sus cuarenta ó cuarenta y dos años, debo reconocer, sin embargo, que parece todavía muy joven. Es de alegre humor y tratará de hacerte la vida agradable. Por otros motivos que no puedo decirte y que no deben tener influencia sobre tu decisión, vería ese matrimonio con gusto. Pero no he pensado más que en una sola cosa: darte conocimiento de la petición, apoyarla sin demasiada insistencia, y rogarte que me contestes. Examínalo á tu gusto. Te dejo con tus reflexiones.

Me ha besado en la frente y ha salido sin añadir una sola palabra.

.....
No sé salir de mi asombro... ¡Qué!.. ¡El señor Mézin! Jamás me hubiera ocurrido... ¡Y yo que me mostraba tan amable con él!.. ha podido creer... yo le rogaba que prolongase sus visitas y le decía:

—¿Qué prisa tenéis? Esperaos un instante.

Le retenía á fin de retener á mi padre; él no ha visto que mis amabilidades no eran personales. Y hoy pide mi mano y si me niego me va á acusar de coquetería. Reñirá quizás también con mi padre, que parece gustarle tanto su sociedad. Sin embargo, ¡no puedo casarme! ¡Oh, no! Jamás he pensado en ello. Desde luego no le amo. ¿Es que sé yo algo? Para saber si no le amo, será preciso desde luego... No, no es mi tipo, no me gusta... ¿Quién es, pues, mi tipo?... Vaya, vaya, para qué cavilar tanto; la contestación que se me pide es muy sencilla y es oy dispuesta á darla: me niego.

¿Pero mi padre no me ha dicho que él vería este matrimonio con gusto, por razones que no puede darme? ¿Qué razones serán?

¡Ah! ¡Dios mío! si lo que yo creo hace algunos días es verdad, si no me he engañado sobre las causas de las preocupaciones y tristezas de mi padre, ¡si ha tenido alguna gran pérdida de dinero, si se ha arruinado!... Piensa quizás en separarse de mí, en tomar otro tren de casa, en expatriarse y quiere casarme lo antes posible. Pero yo soy rica, él me ha dicho que tenía un dote bastante considerable; yo se lo doy con todo mi corazón. El se quedará á mi

lado, no cambiará en nada su vida y no me casaré con el señor Mézin. Sí, soy rica, jamás había pensado en ello, y en este momento no puedo impedirlo.. ¡Ah, está mal! ese señor no ha hecho nada que me permita sospecharle interesado. Esto es muy bastante para negar su mano, sin todavía..

Sin embargo, tengo el derecho, cuando se trata de una cuestión tan grave, de examinar las sospechas que acudan á mi mente. El señor Mézin no me ama, no puede amarme. Se expresa demasiado ligeramente sobre todas sus cosas para que sus sentimientos sean serios, y si pide mi mano, no cabe duda...

No, algo me dice que se trata de mi padre, de sus intereses. En nuestras buenas conversaciones de antes, en los tiempos que siguieron á mi salida del convento, en la época en que paseábamos juntos una gran parte del día, me ha dejado entender que tenía, á propósito de mi matrimonio, ideas muy antiguas, y que se realizarían las esperanzas concebidas por mi madre. El Señor Mézin no puede tener ninguna relación con estas esperanzas; si mi padre me ha comunicado sus pretensiones es por temor, y porque quizás están en juego sus intereses.

¿No es entonces mi deber sacrificarme? ¡Ah, yo no sé qué pensar, qué decir, qué responder! ¿Quién me aconsejará? Miss Dowson. ¿Cómo no he pensado antes en tomar el consejo de la que ha educado á mi madre, que ha sido su confidente, su amiga, con quien frecuentemente ha hablado de mí? ¡Pobre miss Dowson! ¡Está tan silenciosa en su rinconcito, hace tan poco ruido, que nunca se piensa en ella!

Voy á buscarla.

Al entrar he tomado un taburete y me he sentado junto á su sillón. Le he contado todo cuanto me había dicho mi padre. Desde los primeros momentos ha levantado la cabeza, ha interrumpido el bordado que siempre tiene entre las manos y me ha escuchado con atención.

Quando le he preguntado su opinión, me ha dicho estas palabras:

Matrimonio imposible.

—¿Por qué?— he interrogado.
 —Imposible,— ha repetido la señora.
 —Querida miss Dowson,— la he dicho entonces para decidirla á explicarse,— si no me dais mejores razones, pensaré que no las tenéis y llevaré á mi padre la contestación que espera y desea.

—¿Verdad?— ha preguntado.

—Sin duda.

—¿Os casaríais con el Conde?

—Si no me decís el por qué, no debo casarme.

—¿La súplica que os dirigiré no bastará?

—Bastará en este momento. Pero si mi padre me dirige otra, quizás la suya vengza á la vuestra.

—¡Ah! entonces es preciso; no puedo vacilar.

Se ha levantado en silencio, se ha aproximado á un viejo mueble que le sirve de escritorio, y lo ha abierto con una llavecita que siempre lleva colgada del cuello. Después ha tomado una carterita de piel roja, ha sacado una carta sellada con lacre negro y me la ha tendido, diciendo estas únicas palabras.

—Leed; es de vuestra madre.

He tomado la carta con respeto, he saludado á miss Dowson, y después de encerrarme en mi cuarto, he roto el sobre y leído.

X

La carta, que se ha grabado en mi espíritu, dice así:

Apenas algunos días me quedan que vivir, hija mía muy amada, y quiero consagrártelos. Quiero sin cesar hablar contigo, quiero abrir mi alma, no á la niña, que eres aún y que no me comprendería, sino á la joven que serás más tarde. El mal que sufro y del que voy á morir, no me permitirá escribir esta carta

de una vez; la pluma se caerá varias veces de mi mano, pero la recogeré con valor, venceré el dolor é iré hasta el fin de mi misión.

Sin embargo, dirijo al cielo las más fervientes súplicas para que esta misión sea inútil, para que esta carta jamás llegue á tu poder. Este es el mayor de mis deseos. Mi amiga, mi hermana, la única confidente de mis más íntimos pensamientos, miss Dowson, te la dará sólo en el caso de que corras un verdadero peligro, si tu porvenir está expuesto á los azares que quisiera yo alejar de tí, y que la experiencia ¡ay! me ha hecho conocer. Las circunstancias tendrán que ser muy graves, el peligro inminente, para que seas llamada á leer estas líneas, que te harán juzgar y blasfemar más de una vez de la conducta del ser más querido de tu lado.

Apenas me casé con tu padre, hace diez años próximamente, le acompañé á Italia. Este viaje duró tres meses y fue encantador. Ha sido sin duda el tiempo más feliz de mi vida y me complace en recordarlo.

A menudo me extrañaba mucho de los asombros y admiraciones del señor de Brives.

—¿No habéis viajado nunca?— le decía.

—Sí, mucho.

—No lo dudo,— decía yo sonriendo.— Cuando entramos en un Museo, se diría que véis los cuadros por primera vez. El aspecto del mar os causa éxtasis siempre nuevas. ¿Qué sitios habéis visitado?

—Alemania, entre otras partes.

—Sin embargo, en Alemania hay Museos.

Acababa por confesarme que de Alemania no conocía más que los establecimientos balnearios: Baden, Hamburgo, Baden-Baden y otras. Yo ignoraba aún los encantos que estos sitios tenían para él. En mi sencillez me imaginaba que era atraído por la belleza de algún paisaje ó la sociedad que allí se encuentra. Bien pronto se desvaneció este error. Apenas estuvimos de vuelta en París, tu padre me propuso viajar de nuevo.

—¿En vuestro país preferido,— le dije,— en Alemania sin duda?

—¿Si queréis?...

—Quiero lo que vos deseáis,— repliqué, y partiremos.

Desde la noche de nuestra llegada á Baden, el señor de Brives me condujo á ese sitio que se llama Casino, Kursaal, ó salón de conversación, como se quiera; luego he tenido ocasión de familiarizarme con estos nombres. Había espectáculo; la Comedia Francesa, de vacaciones, ponía en escena una de sus mejores piezas. Tu padre, después de haberme hecho sentar en un sillón, se quedó un instante á mi lado y me pidió permiso para salir á fumar un cigarro, prometiendo volver pronto.

Al cabo de una hora no había vuelto; á las diez y media el espectáculo terminó y yo estaba sola. ¿Qué hacer? Volver á mi hotel, no sabía el nombre. Como me consultase y apercibiese que á continuación de la galería en que se había representado la comedia, existían salones hacia los cuales muchas personas parecían dirigirse, las seguí y entré en unas salas débilmente iluminadas. Sonidos extraños llamaron mi atención; se hubiera dicho que allí se removían montones de oro y plata; al mismo tiempo oía frases como ésta: Haced vuestro juego, señores, nada va en ello. Y un instante después: Rojo pierde y color.

No comprendía nada y esto picó mi curiosidad, tanto más, cuanto que nada podía ver. Una muy compacta multitud estaba en medio del salón y parecía rodcar el sitio de que partían estas voces y ruidos. Poco á poco me atreví á seguir á una señora que avanzaba á través de la multitud, del brazo de su marido. Me deslicé detrás de ellos; abrieron paso para dejarnos sitio y pude ver una inmensa mesa con tapete verde. Mis miradas se fijaron desde un principio en el centro de la mesa; cuatro individuos graves, frios, vestidos de negro, estaban sentados sobre grandes taburetes. Uno tenía una baraja en la mano y la barajaba; otro arreglaba en una gran caja los compartimientos del oro y la plata; los otros dos paseaban por la mesa á derecha é izquierda grandes cojedores, con los que acumulaban los billetes de Banco y monedas de todos los países. Alrededor de estos señores, sentadas unas al lado de las otras, se percibían unas cincuenta personas de ambos sexos, cuya única ocupación parecía consistir en colocar ante sí grandes sumas de dinero que se llevaban los cojedo-

res enseguida, ó bien picar con alfileres pedacitos de cartón sobre los que se encontraban inscriptas dos letras del alfabeto: la N y la R, iniciales de negro y rojo, y señaladas precisamente con tinta de esos colores.

Si te doy todos estos detalles que tú ignorarás, querida Marcela, es porque están grabados en mi espíritu con caracteres indelebles. De esta fatal noche datan todos mis pesares, que no puedo olvidar. Mi pensamiento me lleva sin cesar hacia el espectáculo que trato de describirte; las cosas más insignificantes me aparecen como si las viera aún, y en el momento en que te escribo creo oír murmurar á mi oído asombrado estas palabras tan nuevas para él: Haced vuestro juego, señores; nada va; rojo pierde y color.

Un momento de reflexión me bastó para reponerme de mi asombro y comprender lo que pasaba ante mí. Educada en el convento, casada desde mi entrada en el mundo, estaba ignorante sobre algunos puntos de la vida, pero esta ignorancia tenía sus límites, y llegaba hasta el extremo de no haber visto juegos de cartas y saber el uso que podía hacerse de ellas. Yo miraba á mi alrededor tratando de coger la marcha del juego y explicarme por qué unos perdían y otros ganaban, cuando una voz hirió mi oído:

—Máximo al rojo, —decía.

A estas palabras se produjo cierto movimiento entre los espectadores, movimiento que aproveché para dar un paso al frente; de aquel modo me encontré en primera fila, detrás de los jugadores y vi á tu padre sentado delante de mí. Ante él había una masa de oro y billetes de banco. La cabeza inclinada, la frente entre las manos, miraba con una suprema fijeza las cartas que una de las cuatro personas de que he hablado volvía sobre la mesa. Por el modo de fruncir el ceño y por un gesto de despecho, comprendí que acababa de perder. Al mismo tiempo una joven, colocada cerca de mí, decía á su vecino:

—Vais á ver como el señor Brives va á volver á perder todo lo que ha ganado.

—En vez de retirarse, —le contestaron;— estoy seguro que tiene todavía más de sesenta mil francos ante él, y solo se ha puesto á jugar con diez mil.

—Tampoco,—repuso la joven,—la banca no parece inquieta; conoce sus costumbres. Es el jugador más obstinado que existe. Todos los años en Baden, Hamburgo, Baden-Baden, le veo ganar sumas considerables y vuelve á París con las manos vacías.

De modo que no era la casualidad lo que había conducido á tu padre á aquella mesa; había ido arrastrado por la costumbre, lanzado por una invencible pasión. Se le conocía como jugador, se sabía su nombre; se había hecho una reputación en todas aquellas localidades; arriesgaba en una noche miles de francos, una fortuna. Era el principal actor de aquella mesa de juego. Todos los ojos estaban fijos sobre él. Se estudiaba su fisonomía; era el preferido de la banca. Se tenían para él toda clase de atenciones; se le adelantaba una butaca en vez de una silla; se le consultaba con una mirada para saber si se podían pronunciar las palabras sacramentales: Juego... En fin, era el más asiduo.

La luz acababa de hacerse. Ahora comprendía los asombros del señor Brives ante un buen cuadro, en presencia de un paisaje grandioso. No había nunca tenido tiempo de estudiar las artes, de admirar la naturaleza; para satisfacer á su imaginación, para agradar á sus ojos, le eran precisos un tapete verde, cartas y oro, mucho oro. No pedía otros horizontes.

Me explicaba por qué habíamos vuelto á dejar tan pronto á París, porque tres meses nos habían bastado para recorrer toda la Italia: es que las ciudades del juego le esperaban: Baden, Hamburgo y Baden-Baden le reclamaban.

Yo tenía los ojos fijos en él, pero absorbo por el juego no me veía. De pronto, sin embargo, levantó la cabeza y paseó una mirada á su alrededor. Después supe lo que buscaba, creo que él mismo me lo ha explicado; supersticioso, como todos los jugadores, acababa de decirse que alguno de los concurrentes le traía la desgracia y trataba de adivinar quién podría ser. Me vió y sus mejillas enrojecieron; me creía sin duda aún en la sala de espectáculos, y se avergonzaba de haber sido sorprendido de aquel modo. Quizás había esperado ocultarme largo tiempo todavía su terrible vicio y enrojecía de verse descubierto tan bruscamente y de un modo

tan manifiesto. Trató de sonreirme, pero mi aspecto desolado debió hacerle comprender lo que sufría.

Bajó la cabeza, y como uno de los banqueros le consultase para anunciar el juego, alargó algunos billetes de banco sobre la mesa. Los perdió, y perdió otros también. Varias veces había hecho la acción de poner el dinero en su bolsillo y levantarse, pero una fuerza invencible parecía clavarle en su sitio. Jugaba, jugaba siempre, no reposando nunca, no dejando pasar ningún juego, solamente ocupado en colocar sobre la mesa oro y billetes que acto seguido pasaban á poder del banquero. Al fin no tuvo nada ante él. Se levantó, y como si se esperase este momento para terminar el juego, el banquero y los demás jugadores se levantaron también. Eran las once y algunos minutos, tu padre vino hacia mí, me ofreció el brazo en silencio y nos encaminamos al hotel. Cuando media hora después estuvimos solos me dijo:

—Os pido perdón Marcela, de haberos abandonado de ese modo toda la noche. Pero la casualidad me ha conducido hacia la mesa de juego y he arriesgado algún dinero; como habréis podido ver, en un principio me ha favorecido la fortuna, y esto me ha obligado á jugar más tiempo del que hubiera querido.

Yo contesté sin desconcertarme:

—Lo que atribuis á la casualidad debe ser atribuido á la costumbre. Me habéis traído á Baden porque no me podiais dejar sola en París á los tres meses de matrimonio. Habéis venido aquí con la intención de jugar; me habéis dejado esta noche para ir á la sala de juego; sois conocido por todos como un gran jugador.

Comprendió que sería inútil negarlo; la mentira ha repugnado, además, siempre á tu padre. Ciertamente me ha hecho sufrir mucho, pero reconozco en él grandes y bellas cualidades. El corazón no ha entrado en nada en sus extravíos, le ha conservado excelente. Todas las faltas que ha podido cometer para conmigo no son más que consecuencias de su única y fatal pasión.

—No sé,—me contestó después de habes reflexionado un instante,—cómo habéis sabido ó adivinado lo que acabáis de decirme, pero no quiero mentir; no se os ha engañado, ó por mejor decir, no os habéis engañado

en el juicio que acabáis de hacer de mí. Si, me gusta el juego; he tratado de vencer ese gusto funesto, pero jamás lo he conseguido. Cuando he estado algún tiempo sin tocar las cartas, mi sangre ha hervido, mi cabeza convertíase en volcán, mi sistema nervioso se ha sobrecitado de un modo extraordinario, estoy enfermo. Tengo la fiebre del juego, como los verdaderos periodistas tienen la fiebre de la imprenta; ellos están destinados á no sentir más que el acre olor del húmedo papel destinado á las pruebas; como las gentes bruscamente transportadas de un lugar á otro donde no han nacido, están sujetas á la fiebre del país.

Los bailes, los conciertos, los espectáculos, no tienen ningún atractivo para mí; no comprendo en invierno, más que mi círculo, y en verano estas ciudades. Esperaba, querida amiga, ocultaros largo tiempo esta triste inclinación, una casualidad os ha enterado de ella. Lo siento en el alma, pero creo más oportuno explicaros limpiamente hoy. ¿Por qué os habéis casado? —me diréis. —¿Cómo se me ha ocurrido pediros en matrimonio, yo que no tengo otra idea que el juego? ¡Dios mío! Pues es muy sencillo. Yo os amaba. ¿Cómo ha tenido tiempo de penetrar en mi corazón ese sentimiento? No lo sé; he creído quizás que me salvaríais. Cerca de vos esperaba ser otro hombre, vencer mi pasión dominante no tener más que un pensamiento: que os haría feliz. Tomo al cielo por testigo de que era mi más firme deseo. No ha podido realizarse, os amo como el primer día; estoy dispuesto á sacrificaroslo todo, excepto una cosa; tomadme como soy, no uséis vuestra energía en una lucha inútil contra mi vicio capital. No sabríais triunfar. Trataré de haceros olvidar por mi respeto, desinterés y amor.

Me decía todas estas cosas poco razonables, con voz seria, penetrado de sí mismo, y yo comprendí que no tenía nada que contestar, ningún razonamiento que hacer, ninguna tentativa que ensayar. Me veía aún triste, desolada, sentada en mi sillón, cerca de la chimenea y escuchando en silencio. De pronto me levanté, avancé y tomando sus manos entre las mías le dije:

—Pero podemos tener hijos; ¿has pensado en nuestros hijos?

—Sin duda. ¿Cuándo podrían sufrir mis errores? Cuando estén en edad de comprenderlo; será preciso esperar que me haya corregido.

—¿Pero si los has arruinado? ¿Si se encuentran en la miseria?

—¡Ah! —exclamó,— ¡jamás! Lo peor que puede suceder es que pierda cuanto poseo, pero tu dote, te juro que no lo tocaré.

Ha mantenido su palabra. Muchas veces, después de esta escena, ha tenido crueles apuros de dinero; jamás le ha ocurrido el pensamiento, estoy de ello segura, de pedirme una firma, de concederle mis derechos.

De modo, querida hija, que si te escribo esta carta, no es para suplicarte el ser tan firme como yo lo hubiera sido si hubiere llegado el caso; no es para ponerte en guardia contra las peticiones de tu padre, si llegas á mayor de edad sin haberte casado, y entres en posesión de tu fortuna. El señor Brives cumplirá la promesa que me ha hecho de no tocar nunca lo que le pertenece; tengo su palabra. ¡Ah! ¡Si le hubiese podido arrancar el juramento de que jamás jugaría, qué segura hubiera estado del él! Mis ruegos, mis súplicas, han sido vanos á este propósito.

—No, —me decía,— no haré ese juramento; me sería demasiado cruel cumplirlo.

Si te digo todas estas cosas, si te escribo esta larga carta, es sólo con un objeto, hija mía: ponerte en guardia contra un mal matrimonio; impedir que te cases con un jugador. ¡He sufrido tanto!... ¡Ya ves tú!

Amar á un hombre hasta la adoración, haberle dado toda el alma, y que él en cambio no dé más que parte de la suya! ¡Tener una rival mil veces preferida, contra la cual no se puede luchar! ¡Pensar que cuando vuestro marido está á vuestro lado en lo que menos piensa es en vos; que ocupa su imaginación el modo de hallar una nueva manera de conjurar la suerte! ¡Esperarlo noches enteras! ¡Verlo volver á las seis, á las siete y aun á las diez de la mañana, pálido, desfallecido, quebrantado! ¡Dormir hasta la noche para levantarse é ir á continuar la partida, que sólo interrumpió la mañana.

¡No poder aceptar ninguna invitación en el mundo: retenido en su círculo no vendrá quizás á la hora con-

venida, y os exponéis á hacer un desairado papel! No poder gozar en su alegría, cuya causa sabéis, la ganancia, ni participar de su tristeza, puesto que no os inspira ningún interés: no puede ser atribuída más que á la pérdida! Estas dos palabras: ganancia y pérdida, son las únicas que tienen el privilegio de conmovérselo; en ellas está reasumida toda su existencia. Sin contar el dolor constante de ver poco á poco desaparecer una buena fortuna que hubiera sido tan feliz con legarla á sus hijos, y que sábiamente habría podido sin duda aumentarse.

He ahí, hija mía adorada, cuales son mis pesares; no conozco otros, pero han sido crueles, te lo aseguro, mortales quizás, y quiero preservarte de ellos. Escucha bien lo que te voy á decir: la muerte, próxima ya, me presta una especie de intuición de los peligros que pueden amenazarte.

Llegará un día en que tu padre te sacará del convento. Tratará de proporcionarte el mayor número de diversiones posible: pero no te podrá ofrecer sólo las que te convendrán; las que se encuentran en el mundo. Hace ya tiempo que ha roto con todas sus relaciones; la vida que lleva no le deja un instante de reposo; ha debido renunciar á las visitas, recepciones, á las soirées, que sólo se sostienen entre gentes del gran mundo. El no vé más que á sus amigos del Club, y no está ligado particularmente más que con las personas que participan de sus gustos y que encuentra todas las noches en la misma mesa de juego. Esas serán las personas que encontrarás en casa y á las cuales él te presentará. Es alguna de estas la que seducida por tu juventud y tu gracia, ó solamente deseosa de cubrir con tu dote alguna brecha abierta por el juego en su fortuna pedirá tu mano.

Tu padre no tendrá valor para negarla; quizás no podrá. ¡Oh, Dios mío! Mi amor maternal me autoriza para prevenirte. Quizás deberá á ese amigo alguna suma importante, habrá contraído con él una de esas deudas llamadas de honor, que ponen á un hombre á merced de otro. ¡Oh, tu padre no tendrá jamás el pensamiento de hacer de tu matrimonio una especulación, de unírte á alguna persona indigna de tí! Pero estará

dispuesto á ilusionarse por esa persona, no ver sus defectos y exajerar sus cualidades. Vacilará, sobre todo, por amor propio, á confesar que un jugador no merece entrar en una familia y convertirse en esposo y padre.

Es, pues, á tí, querida hija, á quien toca ponerse en guardia contra toda sorpresa, mostrarse firme, recta y fuerte cuando se trata de confiar tu destino á un hombre, encargarte, en fin, tú misma de la misión que tan feliz hubiera sido yo, con poder llenar. ¡Ah! ¡Si me fuese permitido entonces acudir en tu ayuda, qué bien sabría guiarte! Te diría: No te ofusquen los encantos exteriores; no busques brillantes, ni títulos, no ambiciones un gran tren de casa. El que deba agradarte, tendrá, si me has de creer á mí, de treinta á treinta y cinco años. De menos, son demasiado jóvenes y de más ya viejos. Cierto que no hay una gran desproporción entre una joven de veinte años y un hombre de cuarenta. Pero diez ó quince años más tarde la desproporción es espantosa; la mujer es joven, está en toda la fuerza de la edad, en el esplendor de su belleza y el hombre en el límite de la vejez.

Que no sea muy guapo, ni feo; lo deseo sencillo en su aspecto y maneras. Que tenga una fortuna que le permita ser independiente y hacer un poco de bien á su alrededor. Este bien lo hará él mismo, con discernimiento, sin aproximarse á los otros. De la caridad no debe hacerse alarde. Que ame la vida de familia, la interior, el hogar doméstico. Que cultive las artes; nada como la pintura y la música aleja de los placeres mundanos, de las disipaciones y de los errores.

En fin, le quisiera instruido, reflexivo, serio, quizás de una naturaleza algo triste. La tristeza cuando no es exajerada, no está mal en un hombre; indica que ha sufrido y que conoce la vida.

Tal es el retrato del marido que yo te hubiera buscado y que tú escogerás en mi lugar, querida hija, en recuerdo mío.

Tengo todavía muchas cosas que decirte, pero esta carta es ya larga y siento que las fuerzas me faltan. El Médico me ha sorprendido con la pluma en la mano y me ha reñido, ordenándome que me acueste. Ya sé lo que esto quiere decir; es probable que no me levante

más. Tu padre no me deja hace ocho días; se porta muy bien conmigo, se diría que quiere hacerme olvidar los pesares que me ha causado. ¡Oh! ¡Sin la fatal pasión que le domina hubiera podido hacerme feliz! Amale con todo tu corazón; sé indulgente con sus defectos, testificalle tu afecto por todos los medios que estén á tu alcance, pero jamás cedas cuando se trate de casarte. Esto no es solamente una súplica que te dirijo, es una voluntad expresa, es mi última voluntad.

¡Adiós, amada hija mía! ¡Pongo sobre este papel muchos besos para tí; si esta carta algún día llega á tus manos, apoya tus labios en el sitio en que escribo estas últimas líneas, quizás estén impregnadas con mi aliento, quizás el tiempo no haya borrado las señales de mis besos!

XI

.....
Después de haber meditado esta carta, llorado al releerla, y haberla sellado largo rato con mis labios, he ido á la habitación de mi padre.

—Y bien,—ha exclamado al verme,—¿me traes una contestación? No la esperaba hoy.

—Yo misma no pensaba poderosla dar.

—¡Con qué tono me hablas, y qué rostro tan trastornado tienes! ¿Qué te pasa, hija querida? ¿Tienes algún pesar? ¿Soy quizás culpable de algún disgusto tuyo?

—No, padre mío,—siempre habéis sido muy bueno para mí, y por eso me véis triste en este momento.

—No te comprendo.

—En cambio de vuestros cuidados y atenciones, tengo que desagradaros. Me habéis escogido vos mismo un marido, con el que me aconsejáis que me case, y... yo lo rechazo.

—¡Ah! ¡le rechazas!

—Sí, padre mío.

—¿Has reflexionado antes de tomar esa decisión?

—Mucho.

—Por lo tanto, confesarás que el señor Mézin te conviene bajo multitud de aspectos.

—Lo confieso; pero bajo multitud de otros, creo que no me conviene.

—¿Qué le reprochas? ¿Su edad?... cuarenta y dos años.

—No se la reprocharía si motivos más serios no me guiasen.

—¿Puedo conocerlos?

—Os agradecería que no me lo preguntaseis.

—No quisiera contradecirte; pero comprenderás que tengo derecho á ser un poco indiscreto en esta circunstancia; el Conde es amigo mío y me gustaría saber lo que puede reprochársele.

—¿Exigís que os lo diga?

—Te lo ruego.

—Tengo motivos para pensar que el señor Mézin es jugador.

—Mi padre se ha mordido los labios y ha dicho:

—¿Qué puede hacerte creer eso?

—Muchas cosas; pero en el caso en que me engañe, podéis aclarármelas. ¿Podéis afirmarme que el señor Mézin no juega nunca?

—No, no puedo afirmar eso; juega por distraerse, por hacer lo que todo el mundo.

—Y un poco más que todo el mundo, ¿no es eso? En una palabra, él pasa sus noches en el Círculo, y arriesga algunas veces á una carta sumas considerables.

—Pero...

—Acudo á vuestro honor. Decidme que el señor Mézin no es jugador, y me caso con él.

—Mi padre no ha contestado. Entonces le he cogido las manos y le he dicho afectuosamente:

—No me hablaréis más de este matrimonio, ¿no es verdad, padre mío? Os lo suplico.

—¡Sea! No te hablaré más de ello; pero estoy des-

conterto de miss Dowson; ella ha sido la que te ha predispuerto en contra del señor Mézin.

—Os juro que no; miss Dowson no me ha hablado de vuestro amigo.

—Entonces te ha hablado contra el juego y los jugadores.

—No se hubiera equivocado,—he dicho tratando de sonreír.—Pero miss Dowson no me ha dicho nada. Para hablar es preciso abrir la boca, y vos sabéis que la suya está siempre cerrada.

—¿En fin, de qué te proviene esa antipatía por los jugadores?

—Por instinto, querido padre.

—Te equivocas; pues tienen muchas cosas buenas.

—¿A quién lo dices?—he exclamado saltándole al cuello.

Mi padre ha comprendido el sentido de este movimiento irreflexivo, y he dicho con triste sonrisa:

—Sabes, pues...

—¡Sé que te quiero mucho, he ahí todo!

Me ha tomado en sus brazos, me ha mirado como si tratase de recordar otros rasgos, evocar algún lejano recuerdo, después ha brillado en sus ojos una lágrima, y ha apoyado largo rato sus labios sobre mi frente. ¡Oh! ¡mi padre es bueno!

Al cabo de un instante le he dicho:

—¿Permites á tu hija que se ocupe de tus asuntos?

—Pero...

—¿Quién mejor que yo lo hará? ¿No soy la persona que más amas en el mundo?

—Cierto.

—¿No soy una señorita muy razonable?

—Lo confieso; más razonable de lo que de ordinario se es á tu edad.

—Pues bien; debes hacer mi voluntad.

—Dicta.

—¿Prometes desde luego decir la verdad completa?

—Procuraré.

—Vamos á ver; contesta á esta primera pregunta: ¿Estás en un apuro de dinero?

—¿A dónde quieres ir á parar?

—Contesta ahora; ya veremos después.

—Pero...

—¡Oh! Te lo suplico.

—Pues bien, sí; no estoy en este momento libre de algunos compromisos, de algunos apuros.

—Es preciso librártelos.

—¡Oh!—ha dicho mi padre sonriendo.—Bien quisiera; pero el medio, si tú le encuentras serás muy hábil.

—Soy muy hábil, puesto que le he hallado.

—¿Verdaderamente? Me interesas. ¿Me permites que encienda un cigarro?

—Todos los cigarros del mundo.

—¡Vamos allá! Veamos tu medio.

—Es de los más sencillos; tengo un dote; dispón de él.

—¿Verdad? ¿Es ese el medio que has encontrado? ¡Y yo que te escuchaba seriamente!

—¡No soy formal!

—Muy formal, y sobre todo, adorable. Pero tú no conoces mis asuntos. Admitiendo que yo fuese bastante... ¿cómo lo diría?... bastante poco delicado para aceptar tu proposición, no sería más que como adelante. Aprende, además, niña inocente, que los menores no pueden disponer de su fortuna.

—¡Ah! ¿Y no seré mayor hasta los veintiún años?

—Precisamente.

—¡Ay!—he dicho suspirando,—¡tengo que esperar más de dos años!

—A menos que te cases; el matrimonio emancipa.

—¡Verdad! ¿Si yo me casara, podría disponer de una parte de mi dote?

—Con el consentimiento de tu marido.

—¡Oh! El me lo daría, pondría yo por condición. ¿A cuanto sube mi dote?

—A cuatrocientos mil francos próximamente.

—Pero, entonces seré demasiado rica para mis gustos. Querido padre, partiremos; ¿no es eso? júramelo.

—Jamás.

—Te obligaré á aceptar.

—Desde luego será preciso casarte,—ha dicho sonriendo,—cosa á que me parece no estás muy dispuesta. Ese pobre señor Mézin podría certificarlo en caso de necesidad.

—Oh!—he dicho.—El señor Mézin no es el único hombre en el mundo.

Nuestra conversación ha terminado de este modo. He ido enseguida á ver á miss Dowson, le he leído la carta de mi madre, y hemos llorado largo rato juntas.

XII

4 mayo.

.....
Han transcurrido dos días, durante los cuales no he cesado un instante de pensar en la carta. He pesado todas sus palabras, las he meditado y comentado. Quiero obedecer, no solamente sus voluntades, que ha expresado de una manera clara y precisa, sino hasta sus menores deseos, que creo comprender. En lo que concierne á mi matrimonio, mi resolución está tomada. No me casaré, ni con el señor Mézin ni con ninguno de los amigos de mi padre. Pero quiero casarme, sí, me atrevo á escribir estas palabras; quiero casarme, porque casándome cumplo un deber; obedezco aún las últimas voluntades de mi madre, que me ha dicho: *Ama con toda tu corazón, sé indulgente con sus defectos, testificalo tu afecto por todos los medios que estén á tu alcance.* ¿Qué mejor modo de testificarle mi afecto que tratando de librarle lo antes posible del compromiso que le atormenta? ¡Ah! ¡la carta de mi madre me ha abierto horizontes desconocidos! ¿Qué de cosas se explican ahora para mí! Cuando mi padre me dejaba por la noche

con tanto apresuramiento, era para volver á su círculo y continuar alguna partida empezada la víspera. No le veía hasta el siguiente día, á las dos de la tarde, y era que la partida se había prolongado hasta la mañana y él se acostaba á la hora que todo el mundo acostumbra á levantarse. El empréstito que me hizo un día lo comprendo hoy; se trataba de pagar á breve plazo una deuda contraída en el juego. ¡Y aquella brusca partida para Hamburgo! Iba probablemente á tratar de ser más feliz en aquella ciudad que lo que había sido en París.

Aquellas impacencias, aquellas tristezas, aquellos largos silencios, yo adivino la causa: perdía, perdía siempre. Y ese matrimonio ¡ay! era quizás un medio de salvación; se encuentra obligado, quizás, hacia el señor de Mézin... Sí, me acuerdo hoy de ciertas palabras que no pueden dejar ninguna duda á este propósito. El señor Mézin abusaba de su posición de jugador feliz, y mi padre... Pero él sólo me ha propuesto este matrimonio, no ha tenido valor para aconsejármelo. Desde que me he negado no ha insistido, ha sacrificado antes todos sus intereses, más graves, quizá, que mi felicidad. ¿Y no trataría de acudir en su ayuda? ¡Yo soy rica, él pobre! ¿Qué me importa la manera en que ha quedado? ¿Es que esas cosas las mira el que se obliga? decía el otro día el señor Gérard. Vivo tranquila, sin malestar de ninguna especie, y mi padre, que vive bajo el mismo techo que yo, sufre y se atormenta.

Sí, yo quiero y debo casarme. La mitad de mi dote será consagrado á pagar las deudas de mi padre y asegurar su bienestar. Si mi marido no se asocia á mi proyecto no tendrá corazón, y entonces no le haré mi marido. ¡Estoy asombrada! Hablo de maridos como si no tuviera más que bajarme para cogerlos. ¿Dónde están? Veamos: ¿Es que yo le conozco? No. ¿Cuáles son los jóvenes que mi padre me ha presentado? ¿Cuáles son los que yo misma he podido encontrar? Por mucho que busco, no veo á nadie... absolutamente á nadie. ¡Ah! ¡miento!... No tengo valor para decir lo que pienso; sí, no pue-